

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA



LAS HOJAS DE ORO

Fernando Olavarría Gabler

44



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 37100. Chile.
© Fernando Olavarria Gabler.

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA

LAS HOJAS DE ORO

Fernando Olavarría Gabler

*L*a angustia lo estaba destruyendo. Le roía el alma y consumía el cuerpo ya debilitado por los muchos días que estaba alimentándose muy poco y durmiendo casi nada. Lihnda, su pequeña y única hija, yacía postrada en cama por una grave enfermedad febril. Francisco la había llevado al médico del pueblo más cercano. El joven doctor no había hecho un diagnóstico, había pedido exámenes de laboratorio, prescribió medicamentos que no aliviaron a la enferma y vaciaron los bolsillos de Francisco. El joven doctor pidió más exámenes, cambió los medicamentos e indicó nuevos controles, pero ya Francisco no tenía dinero, ni siquiera para movilizarse al pueblo.

Años atrás, cuando había enviudado, lo habían contratado para que cuidara un extenso bosque. Se fue a vivir a una modesta cabaña y allí se mantuvo aislado del mundo. Lihnda era su único consuelo que le daba fuerzas para seguir viviendo, y ahora la pobre niña agonizaba sin poder él hacer más de lo que ya había hecho.

Esa mañana los ojos de la niña estaban turbios, sin vida, y las manos frías, de un color violáceo impresionante.

En una crisis de pánico y de desesperación Francisco salió corriendo de la cabaña y se internó en el bosque sin pensar ya en nada ni desear nada. Caminó como un sonámbulo por un sendero durante largas horas y finalmente llegó a un lugar donde nunca había estado antes. Unos frondosos árboles adornados con hojas de un

intenso color amarillo daban la sensación de que fueran de oro. Francisco quedó deslumbrado ante tan hermoso espectáculo y olvidó en parte su gran pena.

Había llegado el otoño y el bosque se vestía de gala con un soberbio colorido de sus hojas. Entonces Francisco, volviendo a la razón, se dio cuenta de que había abandonado a su pequeña hija y ahora estaba tan lejos de su hogar que quizás tardaría varias horas en estar de vuelta. Nuevamente la angustia invadía su alma cuando divisó al final del sendero un hombrecito de muy baja estatura que avanzaba distraídamente hacia donde él estaba. Cuando estuvo a pocos pasos de Francisco, lo pudo observar mejor. Era un viejecillo flaco de cabello largo y amarillento y sus ojos verdes expresaban una misteriosa alegría.

Sonrió y le preguntó a Francisco si era él el guardabosque de ese lugar. Francisco respondió con una lacónica afirmación. ¿Por qué se ve tan triste?- preguntó el viejo. Usted tiene una gran pena que lo está matando.

-Mi hija está enferma.

-Ah. Ya comprendo. No la han favorecido los remedios que le han recetado.

-Así es. Está muy grave. Creo que hoy en la mañana ha muerto. Tuve pánico y me interné en el bosque sin darme cuenta de mi actuación.

LAS HOJAS DE ORO

-No te preocupes- le dijo el viejo. Conozco muchas hierbas medicinales y creo que puedo mejorar a tu hijita.

Al oír esto a Francisco se le llenaron los ojos de lágrimas y prorrumpió en llanto. Se cubrió el rostro con ambos brazos e inclinado hacia adelante sollozó amargamente.

El viejo lo contemplaba a respetuosa distancia en una actitud de gran compasión y cariño.

Una vez que Francisco se calmó, se acercó a él y dándole palmadas en los brazos le dijo que no se afligiera. Recogió dos hojas amarillas del suelo y se las dio.

-¿Tengo que hervirlas?, preguntó Francisco, después de haberse sonado fuertemente.

-No es necesario- dijo el viejo. Pon una debajo de la almohada donde descansa tu hija y la otra guárdala en el cajón de la cómoda.

A Francisco lo había invadido una reconfortable felicidad. El viejo le había dado una esperanza, su hija podía sanar.

-Antes que regreses quiero preguntarte algo, dijo el viejecillo de ojos verdes. ¿Has visto por estos lugares Ergagrópilas?

-¿Erga cuanto? Preguntó Francisco algo confuso.

-Ergagrópilas. Las colecciono. Recorro diariamente estos bosques para encontrarlas. Tengo pasión por las aves rapaces. Si ves un concón, un milano bailarín o una lechuza blanca, házmelo saber.

-Así lo haré respondió Francisco, y despidiéndose del viejo se

encaminó hacia su casa a toda prisa. Tenía grandes deseos de llegar lo más pronto posible, y sin poder contenerse echó a correr con las hojas amarillas en la mano.

Al poco tiempo ya estaba en la cabaña y Lihnda, su querida hija aún respiraba.

Sin demorarse colocó una de las hojas debajo de la almohada y la otra la guardó en el primer cajón de la cómoda. Mientras cerraba el cajón, a Francisco le vino a la mente una pregunta. ¿Cómo sabía el viejo que él tenía una cómoda?

Era un viejo extraño, chico y enjuto. Más bien parecía un enano. Y eso de las erga... ergagrópilas. ¿Qué serán esas cosas? ¿Se habría encontrado con un brujo? Quizás con un mago o un hechicero del bosque que andaba en busca de su lechuza blanca.

En esas meditaciones estaba, cuando, rendido por el cansancio, se quedó dormido sentado en una silla al lado de la cama de su hijita.

Despertó cuando estaba avanzada la mañana. Los pajarillos trinaban alegres allá afuera y su niña, sentada en la cama, también reía alegre y lo llamaba para que le diera el desayuno. Francisco no podía creer lo que estaba viendo. Lihnda saltaba encima de la cama y después, saltando hacia él lo abrazaba con gran regocijo. ¡Es un milagro!-murmuró Francisco besando tiernamente a su hija.

Te cambiaré de ropa- le dijo. Métete en la cama para que no te

LAS HOJAS DE ORO



enfríes. Mientras buscaba la ropa de Lihnda la niña lo llamó: ¡Papá! ¡Mira lo que encontré debajo de la almohada! ¡Qué bonita es!

Francisco cogió la hoja que le mostraba la niña, era la hoja amarilla que había colocado debajo de la almohada pero ahora se veía resplandeciente como si fuera de oro. ¡Sí! ¡Se había transformado en una hoja de oro purísimo!

Sin poder creer lo que estaba viendo, Francisco fue a la cómoda y comprobó que la otra hoja también se había transformado en una joya finísima.

¡Qué magníficas se veían!

Francisco vendió una de las hojas en la ciudad y le dieron por ella una cuantiosa cantidad de dinero. La otra la guardó en la cómoda y al día siguiente encontró ¡dos hojas en vez de una! Esto sucedía cada vez que sacaba una hoja del cajón y dejaba la otra.

Francisco adquirió una enorme fortuna gracias a esta misteriosa replicación de las hojas doradas. Compró gran parte de las tierras que le habían encomendado guardar y mandó construir una hermosa casa.

Lihnda había crecido y era una hermosa muchacha rozagante de salud y felicidad.

Un sábado en la mañana, mientras Francisco tomaba desayuno y se aprestaba para ir a buscar a su hija al colegio, porque estaba interna en un colegio de religiosas en la ciudad, apareció por

LAS HOJAS DE ORO

la ventana abierta del comedor la cara del viejecillo de ojos verdes.

Francisco quedó mudo de asombro. ¡Cuántos años que no lo veía!, se puso de pie, fue a saludar al anciano y a agradecerle todos los beneficios que había recibido de él.

-No tienes nada que agradecer- dijo el viejo. Era un deber para mí aliviarte de tu pena y una gran alegría el poder sanar a tu pequeña hija. En cuanto a las hojas, ese es otro asunto. Veo que has aprovechado bien sus poderes, como Dios manda, y no has despilfarrado en cosas vanas y superfluas lo que te han dado del cielo. Estoy satisfecho de tu buen comportamiento, pero dime, ¿has encontrado las Ergagrópilas?

-No sé que son esas cosas- respondió Francisco confuso. Ni siquiera sé cual es tu nombre.

-Mi nombre es lo que menos importa- contestó el viejecillo de ojos verdes. Lo que realmente es valioso es el amor que le tienes a tu hija, y tu honesto comportamiento en la vida.

-¡Adiós!

-¡Espera! ¡No te vayas!, gritó Francisco.

-Dime ¿qué son esas Ergagrópilas?, para darte todas las que pueda encontrar en el bosque y así retribuir en parte los inmensos favores que me has hecho.

-Las Ergagrópilas- dijo el viejecillo- son el resultado de la digestión de las aves rapaces. Éstas se tragan a sus presas y luego de

un rato de digestión botan las Ergagrópilas que son bolos que conservan intactos los pelos y los huesos de las víctimas que han ingerido. Si se analiza el contenido de ellas se puede saber de qué se alimenta esa ave rapaz. Y eso es muy útil para los que criamos ese tipo de aves. Últimamente estoy muy satisfecho porque he conseguido un Tutúquero magallánico. Es hermosísimo, y campeón para comer ratones.

-Lo que me cuentas es muy interesante, viejecillo de ojos verdes -observó Francisco- pero dime, ¿qué tiene que ver eso con la mejoría de mi hija, años atrás, y la multiplicación de las hojas de oro del bosque? No encuentro relación alguna entre tu bondadosa persona y la manía de coleccionar aves rapaces, y sus erga...ergadrópilas...

-Es muy simple- respondió el viejecillo-. Hay cosas en la vida que no guardan relación alguna con otras, y que no vale la pena de explicar. Esto último tiene una enorme importancia.

Después de decir esto, el viejecillo se internó en el bosque y nunca más se le volvió a ver.

Fin

Otros títulos en esta colección

- 01 El sol con imagen de cacahuete
- 02 El valle de los elfos de Tolkien
- 03 El palacio
- 04 El mago del amanecer y el atardecer
- 05 Dionysia
- 06 El columpio
- 07 La trapecista del circo pobre
- 08 El ascensor
- 09 La montaña rusa
- 10 La foresta encantada
- 11 El Mágico
- 12 Eugenia la Fata
- 13 Arte y belleza de alma
- 14 Ocho patas
- 15 Esculapis
- 16 El reino de los espíritus niños
- 17 El día en que el señor diablo cambio el atardecer por el amanecer
- 18 El mimetista críptico
- 19 El monedero, el paraguas y las gafas mágicas de don Estenio
- 20 La puerta entreabierta
- 21 La alegría de vivir
- 22 Los ángeles de Tongoy
- 23 La perla del cielo
- 24 El cisne
- 25 La princesa Mixtura
- 26 El ángel y el gato
- 27 El invernadero de la tía Elsira
- 28 El dragón
- 29 Navegando en el Fritz
- 30 La mano de Dios
- 31 Virosis
- 32 El rey Coco
- 33 La Posada del Camahueto
- 34 La finaíta
- 35 La gruta de los ángeles
- 36 La quebrada mágica
- 37 El ojo del ángel en el pino y la vieja cocina
- 38 La pompa de jabón
- 39 El monje
- 40 Magda Utopia
- 41 El juglar
- 42 El sillón
- 43 El gorro de lana del hada Melinka
- 44 Las hojas de oro
- 45 Alegre Vivache
- 46 El hada Zudelinda, la de los zapatos blancos
- 47 Belinda y las multicolores aves del árbol del destino
- 48 Dos puentes entre tres islas
- 49 Las zapatillas mágicas
- 50 El brujo arriba del tejado y las telas de una cebolla
- 51 Pituco y el Palacio del tiempo

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA

- 52 Neogénesis
- 53 Una luz entre las raíces
- 54 Recóndita armonía
- 55 Roxana y los gansos azules
- 56 El aerolito
- 57 Uldarico
- 58 Citólisis
- 59 El pozo
- 60 El sapo
- 61 Extraño aterrizaje
- 62 La nube
- 63 Landrú
- 64 Los habitantes de la tierra
- 65 Alfa, Beta y Gama
- 66 Angélica
- 67 Angélica II
- 68 El geniecillo Din
- 69 El pajarillo
- 70 La gallina y el cisne de cuello negro
- 71 El baúl de la tía Chepa
- 72 Chatarra espacial
- 73 Pasado, presente y futuro mezclados en una historia policroma dentro de un frasco de gomina
- 74 Esperamos sus órdenes General
- 75 Los zapatos de Fortunata
- 76 El organillero, la caja mágica y los poemas de Li Po
- 77 El barrio de los artistas
- 78 La lámpara de la bisabuela
- 79 Las hadas del papel del cuarto verde
- 80 El Etéreo
- 81 El vendedor de tarjetas de navidad
- 82 El congreso de totems
- 83 Historia de un sapo de cuatro ojos
- 84 La rosa blanca
- 85 Las piedras preciosas
- 86 El mensaje de Moisés
- 87 La bicicleta
- 88 El maravilloso viaje de Ferdinando
- 89 La prisión transparente
- 90 El espárrago de oro de Rigoberto Alvarado
- 91 El insectario
- 92 La gruta de la suprema armonía
- 93 El Castillo del Desván Inclinado
- 94 El Teatro
- 95 Las galletas de ocho puntas
- 96 La prisión de Nina
- 97 Una clase de Anatomía
- 98 Consuelo
- 99 Purezza
- 100 La Bruja del Mediodía
- 101 Un soldado a la aventura



 **creative
commons**



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 37100. Chile.
© Fernando Olavarría Gabler.